

Fascinación y rechazo. Borges ante los intelectuales católicos argentinos

Lucas Martín Adur Nobile
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Resumen

La temática teológica y las alusiones al cristianismo, presentes en la obra de Jorge Luis Borges, han suscitado, desde el ámbito del catolicismo, un amplio espectro de respuestas y valoraciones críticas, que van desde la mera injuria *ad hominem* (Anzoátegui) hasta intentos de asumir y confrontar, de algún modo, las cuestiones planteadas por el autor (Castellani).

Reconstruir este poco estudiado contexto de recepción de la obra borgeana puede permitirnos comprender mejor su peculiar modo de apropiación del discurso cristiano y su dimensión polémica con respecto al catolicismo nacional. En este trabajo, como parte de una investigación más amplia, nos proponemos examinar dos textos de Leonardo Castellani. Este sacerdote y teólogo jesuita era sensible a la calidad estética de la obra de Borges y a la relevancia teológica de ciertos problemas que el autor abordaba. Pero también era consciente del tono muchas veces irónico, la heterodoxia de los planteos y el agnosticismo manifiesto del autor. Su lectura oscila entonces entre la fascinación y el rechazo, en una línea que podemos considerar característica de todo un sector de la “crítica católica” sobre Borges.

Palabras clave: Borges – Castellani - catolicismo – recepción – polémica.

En la obra de Borges pueden verificarse recurrentes menciones de temas, autores y problemas que pertenecen a la tradición cristiana. Esta presencia ha suscitado, desde el ámbito del catolicismo, un amplio espectro de respuestas y valoraciones críticas. La recepción de Borges por parte de ciertos intelectuales católicos es muy temprana y persistente.¹ Sin embargo no ha sido, hasta donde tenemos noticia, objeto de estudios específicos. Sostenemos que recuperar este poco estudiado contexto de recepción permitirá comprender mejor la dimensión polémica de la obra de Borges con respecto al catolicismo nacional y su peculiar modo de apropiación del discurso cristiano. Cuando especula sobre el infierno o la Trinidad y cuando realiza sus apreciaciones de Chesterton o Bloy, Borges está lejos de escribir sobre temas inéditos. Sus intervenciones entran en continuidad o polémica con intervenciones previas o contemporáneas a las suyas, con los discursos de intelectuales católicos que se ocupan u ocuparon de las mismas cuestiones.²

En este trabajo, como parte de una investigación más amplia, nos proponemos estudiar dos textos de Leonardo Castellani.³ Postulamos que en ellos se encuentra, en germen, un modo de leer a Borges que parece tener continuidad en varios trabajos de intelectuales católicos de los últimos años. Si bien los textos de Castellani que analizaremos son de la década del 50 (1953 y 1959), este sacerdote es un claro exponente de la generación de intelectuales católicos que comenzó a articularse en la segunda y tercera

¹ Algunos de los primeros libros de Borges fueron reseñados críticamente en los medios católicos, *vg. El idioma de los argentinos* en *Criterio* 17 (julio de 1928) por Ernesto Palacio y *Cuaderno San Martín* por Tomás de Lara en *Número 1* (enero de 1930). Como muestra de la persistencia del interés católico por este autor, podemos mencionar la reciente publicación de *Últimas Inquisiciones* (Navarro 2009).

² Volvemos, en este sentido, a la hipótesis clásica de Bajtin: “Todo hablante es de por sí un contestatario, en mayor o menor medida: él no es un primer hablante que haya interrumpido por vez primera el eterno silencio del universo, y él no presupone únicamente la existencia del sistema de la lengua que utiliza, sino que cuenta con la presencia de ciertos enunciados anteriores, suyos o ajenos, con los cuales su enunciado determinado establece toda suerte de relaciones (se apoya en ellos, polemiza con ellos, o simplemente los supone conocidos por su oyente). Todo enunciado es un eslabón en la cadena, muy complejamente organizada, de otros enunciados” (Bajtin 2002: 258)

³ Leonardo Castellani (1899-1981), jesuita y sacerdote católico. Estudio Letras, Filosofía, Teología y Psicología en Buenos Aires, Roma y París. Tiene una extensa obra que va desde los famosos relatos policiales del padre Metri hasta una traducción de la *Suma Teológica*. Para un breve perfil, cfr. Link 2006, p. 43-48.

década del siglo XX: fue profesor de los Cursos de Cultura Católica y asiduo colaborador de la revista *Criterio*, uno de los principales órganos del “renacimiento católico”⁴.

Dos formas (católicas) de leer a Borges

Antes de detenernos en Castellani, queremos proponer, a modo de hipótesis, que pueden señalarse, esquemáticamente, dos formas fundamentales en las que Borges fue leído por el catolicismo. Ambas pueden ilustrarse con las intervenciones de Ignacio B. Anzoátegui y Raúl Rivero Olazábal en la “Discusión sobre Jorge Luis Borges” que fue publicada en 1933 por la revista *Megáfono*.

Anzoátegui declara que, pese a haber admirado al Borges de la revista mural *Prisma*, con el tiempo, se había ido distanciando críticamente de este autor, hasta llegar a una condena lapidaria:

Un día [Borges] publicó un artículo sobre el Infierno⁵ que era indigno del cerebro de un pollo. Estoy hablando como católico, es decir, como gente. La postura literaria que adopte un señor de ahora ante un tema serio es tan absurda como las blasfemias de los románticos. La literatura da derechos para decir pavadas sobre el rouge de las mujeres o sobre la sonrisa o sobre las medias, pero no autoriza a meterse porque sí con las cosas de la religión. A la religión hay que conocerla antes de comentarla: las alcahueterías heréticas no son suficientes (*Megáfono* 1933: 17)

La postura de Anzoátegui es terminante: Borges no tiene derecho (ni autoridad ni capital simbólico) para abordar temas doctrinarios de la religión cristiana. Y si lo hace desde una perspectiva heterodoxa merece una condena que, en Anzoátegui, se expresa en forma de injuria (“indigno del cerebro de un pollo”). Este tipo de lectura que niega la competencia de Borges sobre cuestiones dogmáticas y condena su heterodoxia ha tenido cierta continuidad. Podemos mencionar, a modo de ejemplo, la polémica con Monseñor Mallagaray (1976-1977) que lo acusó de “ateo, vanidoso y anti-cristiano” por negar la existencia de la vida después de la muerte (Caldeiro 1976 y 1977) y los artículos de Antonio Planells (especialmente “Cristo en la Cruz o la última tentación de Borges”) quien, desde un enfoque pretendidamente académico⁶ condena el agnosticismo del autor (“una actitud vital pusilánime”, 1989: 135) y su “claro aborrecimiento por lo relacionado con el cristianismo, especialmente el catolicismo apostólico romano” (Planells 1989: 138).

La intervención de Raúl Rivero Olazábal en la “Discusión...” responde a la de Anzoátegui y define otro modo de leer a Borges:

Me subleva la animosidad, injusticia y mala fe con que trata la obra de Borges Ignacio B. Anzoátegui, escritor que se titula católico... Borges merece más justicia (...) No se irrite, Anzoátegui; yo, que soy tan católico como Ud., no creo que Borges sea un hereje, ni una herejía su artículo sobre la duración del

⁴ Entre fines de la década del 20 y principios de la del 30, un grupo de intelectuales católicos se organiza en torno a los Cursos de Cultura Católica, la agrupación *Convivio* y la editorial Surgo, con el fin de intervenir en la cultura y la política argentina. Su principal órgano de expresión, la revista *Criterio*, alcanzó cierto prestigio e influencia incluyendo, especialmente en sus primeros años, textos de autores nacionales e internacionales de gran nivel intelectual. Para un estudio del proceso de formación de esta intelectualidad católica nacional, cfr. Di Stéfano y Zanatta (2000:394-407) y Martínez Cuitiño (1998). Para la importancia de *Criterio* como órgano de este grupo, cfr.. Devoto (2006:231-262) y Rapalo (2002).

⁵ Anzoátegui se refiere a “La duración del infierno”, publicado originalmente en *Síntesis* n° 25 (junio de 1929) y recogido en *Discusión* (1932), libro que sirvió de excusa para la “Discusión sobre Jorge Luis Borges” en *Megáfono*.

⁶ Al menos eso indicaría su soporte (*Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 18. Ed. Univ. Complutense, Madrid, 1989.) y su pertenencia académica (Profesor en la Universidad de Iowa).

infierno. Borges, que no sabe cánones, da al infierno el sentido que le da cualquiera (no hay que olvidar que la idea de esa condenación ha sido siempre algo universal, independiente de las creencias religiosas) y sobre esa base edifica una construcción lógica y moral muy digna y muy profunda. De no haber sido así, su ensayo hubiera sido una disquisición teológica hermética, incomprensible e indiferente para los no iniciados.

Creo que Borges es católico. Y si no lo es, merece serlo. Vaya todo lo dicho en prueba de ello” (*Megáfono* 1933:18-19).

Frente a la condena de Anzoátegui, podemos ver en Rivero Olazábal una estrategia de apropiación de Borges para el catolicismo. Se trata de “disculpar” de algún modo lo que aparece como desviaciones de la ortodoxia y afirmar la existencia de una matriz cristiana en Borges. Salvando las distancias, podemos equiparar este movimiento con la afirmación de un “cristianismo anónimo”, tal como ha sido formulada por el teólogo Karl Rahner para otros autores,⁷ que permitiría recuperar a Borges para el catolicismo. Se trata también de un modo de leer que puede rastrearse en otros textos, por ejemplo el extenso artículo de Oswaldo Romero (1977) que corrige al autor en algunas cuestiones doctrinales para terminar afirmando su “fe”, o el de Zagal Arreguin significativamente titulado “El cristianismo de Borges” (Zagal Arreguin 1999).⁸

Frente a estos dos modos de leer, la condena y la, difícilmente sostenible, incorporación directa de Borges al cristianismo, encontramos en Castellani una tercera posición, más compleja e interesante, una lectura de Borges que implica, simultáneamente, valoración y rechazo.

Herejías autóctonas y sombras teológicas

El primer texto de Castellani que consideraremos, “Inquisiciones y sombras teológicas” fue publicado en *Dinámica Social*, nº 33-34, Buenos Aires, mayo-junio de 1953.⁹ Se trata de una crítica motivada por la aparición de *Otras Inquisiciones* (1952) pero de alcance mucho más general. Está escrito con un estilo y un *ethos* muy particular: una fuerte presencia de la primera persona del crítico que recurrentemente se compara con su objeto (Borges),¹⁰ varios guiños humorísticos¹¹ y estructuras y giros que remiten a la oralidad¹² y dan al conjunto un carácter informal, de una prosa “conversada”.

⁷ Rahner plantea que existiría en muchos grandes autores modernos un “cristianismo anónimo” del que ellos mismos no serían conscientes pero el intérprete capacitado puede identificar. Esta estrategia ya ha sido criticada por Kuschel por no respetar la especificidad y diferencia de los autores literarios y reconducir todas las cuestiones humanas hacia el cristianismo. Al respecto ver Barcellos (2007).

⁸ Incluso un autor tan cercano a Borges como Ricardo Güiraldes, lo ha definido como “católico” (cfr. Louis 2006: 150).

⁹ Citamos por la edición de Martín Lafforgue, *Antiborges*, Buenos Aires: Vergara, 1999, p-141-146. En cada cita se indicará únicamente el número de página.

¹⁰ El término positivo de la comparación varía: a veces es Castellani, a veces Borges: vg “Nos parecemos en varias cosas y divergimos en una sola” (141); “me asemeja o mejor dicho supera en varias cosas” (141); “[su literatura tiene sombras teológicas] Lo mismo que la mía ¡ay de mí! Pero yo las veo y Borges no las ve” (146); “la patria, en la cual sus mayores vivieron e hicieron cosas grandes, más que los míos” (146).

¹¹ “Con sus enemigos ideológicos usa el estilete florentino y el veneno de los Borg... ia”(142); “Algo vive detrás de eso, naturalmente; pero lo que vive detrás de eso es intangible y secreto.... “Si es intangible y secreto ¿cómo lo sabes? ¿No estarás inventándote también tus fantasías metafísica, como Borges?” (143); “Como el mueve sus pedazos de gema... con velocidad de malabarista, disimula bien que son un bazar, un stock de *odds and ends*, un *bric-à-brac*” (143); “¿Qué hacemos caro canónico teologal? A Borges no lo vamos a ahuyentar con agua bendita...”

¹² Además de la utilización de giros coloquiales como “¿Y de ay?” (143) o “¡ay de mí!”(146), la sintaxis de ciertas partes asemeja la de una conversación, vg “Borges afirma que León Bloy creía ser católico; pero que él sabe

El texto de Castellani presenta algunos tópicos recurrentes en la crítica sobre Borges: la perfección formal unida a la ausencia de vida (“la perfección de sus frases tiene la esplendidez muerta de las cristalizaciones”, 143), la superficialidad de la erudición borgeana (“es dudoso que haya estudiado a fondo una literatura, o un gran filósofo”, 143), la mención de los consabidos laberintos y espejos (que confluyen en “laberintos de espejos”, 143), el “exotismo” (143), etc. Pero constantemente las apreciaciones negativas se relativizan y los elogios que pueden parecer excesivos se matizan señalando algún defecto. El resultado es un texto que se sostiene sobre una tensión entre fascinación y rechazo. La valoración ambigua o contradictoria parece, en este sentido, el principal motor de la crítica. Los ejemplos podrían multiplicarse:

Un crítico literario de gran altura, aunque parcial. También es uno de nuestros más indubitables poetas. A pesar de su gran ingenio, para el gran público es aburrido (142).

Los tesoros de su erudición, a prima vista asombrosos tienen gran mezcla de abalorios... ¿Cuándo no entre nosotros? También los míos (143).

Esteta puro, maneja con misterio tres o cuatro sofismas viejos, siempre los mismos... Ha sometido esos sofismas al tratamiento estético, a una química poética. Eso sirve (143).

Toda esa literatura exquisita y endeble, refinada y poco significativa...(144). Efímeros triunfos; pero no los despreciemos. Son útiles. Borges tiene en la Argentina una misión providencial...(145).

Existe un interés y una valoración de la literatura de Borges que es afirmado de entrada (“Borges me inspira el más vivo interés”, 141) y reiterado a lo largo del texto (“es un buen ejemplo de escritor: sabe escribir”, 145). Pero Castellani es consciente de que esa fascinación es problemática. Después de todo él mismo se encarga de reconocer que existen en Borges blasfemias (145) y herejías (144). Ahora bien, esto podría tener, en principio dos salidas. Una sería la condena, en la línea de Anzoátegui, pero Castellani ha elogiado demasiado la literatura de Borges como para condenarla totalmente. Otra salida, que aparece esbozada en el texto, es la de afirmar el “cristianismo anónimo” de Borges y disculpar sus blasfemias “tímidas” (144) recuperándolo para la fe católica: “No obstante, estoy dispuesto y aun inclinado a creer que su odio a Dios es sólo aparente: que es solamente un ansia de un Dios vivo y verdadero frente al que le parece muerto y pintado” (144). Sin embargo, esta lectura aparece más como expresión de deseo que como certeza y está matizada por la misma ambigüedad que recorre todo el texto (“sus blasfemias son elaboradas y reticentes ¿Es eso buena o mala señal? Pido a Dios que sea buena señal”, 144). Entendemos que la originalidad de Castellani reside en la apertura de otra forma posible de leer a Borges desde el cristianismo. Esta consiste en aceptar que en su literatura existen elementos contrarios a la doctrina. Pero estos no deben ser objeto de una condena sino de una consideración seria y una elaborada respuesta.

Hacia el final de su artículo Castellani señala que Borges tiene dos “misiones providenciales” en Argentina. La primera es que se trata de un buen escritor, especialmente comparado con la mediocridad y chatura que Castellani atribuye a la literatura nacional. La segunda, que es la que aquí nos interesa, es “darle trabajo al canónigo teologal” (145). Como el propio autor se encarga de explicar, el canónigo teologal es el que debe velar por la fe del pueblo haciendo frente a las herejías. Borges se presenta, junto con el propio

que era un hereje ¡Asombroso! ¿Cómo lo sabe? Pues porque León Bloy cree, lo mimo que San Pablo y otros no pocos santos, que vemos a Dios “en espejo y en enigmas”; y que el espejo y el enigma no son sino la Creación y la Historia, las cuales tienen por ende para la fe un valor simbólico. Por eso, León Bloy es hereje ¡Desdichado de mí, yo también!” (144).

Castellani, como el primer autor de una “herejía autóctona”. Ésta obliga a la Iglesia a proporcionarle una respuesta a su altura: “a Borges no lo vamos a ahuyentar con agua bendita”(145). A herejías como la de Borges es necesario “oponerles libros sólidos y luminosos que llenen cumplidamente el hueco oscuro que a ellas dio nacimiento” (145). En ese sentido, lejos de considerarlo intelectualmente equiparable a un pollo, Castellani elige tomarse en serio los planteos teológicos de Borges.¹³ Esto no significa necesariamente afirmar la fe del autor. Precisamente en *Otras Inquisiciones*, Borges sostiene famosamente que “todo hombre culto es un teólogo, y para serlo no es indispensable la fe” (“El enigma de Edward Fitzgerald”, Borges 2004:66). Años después, en 1982, Leonardo Sciascia se referirá a él como un “teólogo ateo”. Entendemos que en esa dirección apunta la conclusión a la que llega Castellani: la literatura de Borges está llena de “sombras teológicas”, contrarias a la doctrina pero formuladas de forma elegante e inteligente. Esto implica que no puede desacreditarse rápidamente (Anzoátegui, Planells) ni incorporarse al cristianismo con algunas maniobras ingeniosas (Rivero Olazábal, Romero). Es necesario aprovechar sus planteos para la reflexión teológica.

En esta línea se inscriben una serie de estudios de los últimos años que abordan a Borges desde una perspectiva interdisciplinaria entre literatura y teología: Muñoz (2003), Barcellos (2007) y, especialmente, Navarro (1997, 1998, 2001, 2003 y 2009).

Una parábola

Seis años después, Castellani volverá a ocuparse de Borges en un texto genéricamente difícil de definir. Se titula “Jorge Luis y Epulón” y está incluido en *Doce parábolas cimarronas*.¹⁴ En esta obra el sacerdote propone una suerte de reescritura “criolla” de algunas parábolas de Cristo.¹⁵ Si bien en todas pueden encontrarse numerosas alusiones a personajes y hechos contemporáneos, “Jorge Luis y Epulón” es la única que se ocupa central y explícitamente de alguien sin relación con las historias evangélicas,¹⁶ lo que demuestra el persistente interés de Castellani por Borges.¹⁷

El hipotexto que funciona como punto de partida es Lc 16, 19-31, donde se narra el diferente destino que tienen después de la muerte el pobre Lázaro (que alcanza la bienaventuranza) y un rico (que la fuente evangélica no nombra pero ha pasado a la tradición con el nombre de “Epulón”),¹⁸ que es atormentado en la morada de los muertos. El

¹³ La discusión sobre el estatuto epistemológico de la obra borgeana es objeto de extensos debates (cfr. al respecto Lefère 1998). No nos interesa aquí determinar si ésta puede considerarse seriamente desde una perspectiva teológica o si se trata de un mero juego formal. Nos limitamos a señalar que existe una línea de recepción que ha considerado algunos sectores de la obra borgeana como teología bajo forma literaria (para utilizar la fórmula que Duployé aplica a la literatura de Peguy, cfr. Barcellos 2007).

¹⁴ Leonardo Castellani, *Doce parábolas Cimarronas*, Buenos Aires: Itinerarium, 1959. Todas las citas remiten a esta edición, indicando únicamente número de página.

¹⁵ El libro es problemático desde el título: las parábolas son más de doce. Pese a anunciar en su prólogo que “estos diálogos se ciñen estrictamente al Evangelio” (7) con la única diferencia de que los personajes hablan “un poco en criollo”, las “parábolas cimarronas”(que formalmente son más bien diálogos dramáticos) implican mucho más que un mero cambio de registro o tono. Las operaciones que realiza Castellani sobre los hipotextos evangélicos son múltiples y complejas y merecerían un estudio detenido. En este trabajo nos limitaremos a lo que dice sobre Borges.

¹⁶ En la primera de las parábolas presentadas “¡Ohé, Pozo, Satélite Japet!” tampoco aparecen personajes evangélicos, pero este texto es distinguido expresamente de los otros en tanto su fuente no es un texto bíblico sino un relato de ciencia ficción (“The Sack”, de W. Morrison).

¹⁷ Este puede comprobarse también consultando *Domingueras prédicas*, los sermones de Castellani publicados, donde Borges es citado recurrentemente.

¹⁸ EPULÓN. (Del lat. epulo, -onis.) m. El que come mucho. O, como el propio personaje se encarga de aclarar, “tragón”.

texto de Castellani es absolutamente singular y por momentos delirante. Presenta un diálogo entre Borges y Epulón, que ha sido invocado desde el infierno por los pensamientos del autor argentino (121). El tono es satírico y el estilo, una suerte de *pastiche* de la escritura borgeana, con citas explícitas (“mi verso es de interrogación y de prueba”), frases a *la manera de* (“estoy en los corredores perplejos y bifurcados del sueño”) y un manejo de la erudición típicamente borgeano que combina remisiones a autoridades antiguas y poco conocidas (el teólogo jesuita del siglo XVI Dionisio Petavius (126); y el rabino Johanán ben Zakki, 124) que se confunden con otras decididamente apócrifas (“el teólogo danés Plö Byorson”, 127). Epulón por momentos prorrumpe en fragmentos incongruentes (“La estabilización de la triangulación del sistema inflatorioeconómicofinanciero titivante salta el bátrato rosado de toda pantorrilla de perro (Ingeniero Constantini)”, 121) que “Borges” reconoce como “el idioma de Uqbar, que yo inventé, pero no lo entiendo” (122).

La cuestión que se plantea es la de la vida ultraterrena, pero no en términos éticos (¿qué hay que hacer para merecer la bienaventuranza?), sino en términos fundamentalmente intelectuales. Como se recordará este fue un problema sobre el que Borges manifestó su escepticismo e interés, en polémica con lo que el denominaba “los católicos argentinos”.¹⁹ La discusión se centrará en la existencia o inexistencia del Infierno, y el punto de partida será el mismo artículo que había suscitado la indignación de Anzoátegui. Es difícil, por las características de este texto, determinar con certeza y precisión cuál es la valoración de Borges que se propone. Pero al menos puede afirmarse que ésta sigue siendo ambigua. Hay imitación satírica del estilo de Borges, burla de sus “gramatiquerías” (“Ya veo cuál es tu sistema de castañetear los dientes que yo en un trabajito que estoy preparando demuestro que es diferente del rechinar los dientes”, 126) y ridiculización de su figura (“¡No cierres los ojos, hombre! No puedes cerrarlos más que los tienes”). Pero también se ponen en boca de Epulón varios elogios al escritor (¡Qué imaginación tan exquisita tienes!, 121 “Te comprendo: eres un soberano artista... Te achacan que escribes mal los que escriben peor”, 123). Castellani parece nuevamente reconocer ciertas limitaciones de Borges, pero también su preeminencia en el panorama de la literatura nacional.

Con respecto a la postura del autor sobre la existencia del Infierno, volvemos a encontrar una apreciación compleja. Más que sostenerse en la negación, que le imputa Epulón inicialmente (“¿No escribiste vos que no hay [infierno]?”, 121) “Borges” insiste en la búsqueda: “No estoy seguro. Lo escribí para averiguarlo” (121). A lo largo del texto repetirá la pregunta “¿hay o no hay infierno?”, con distintas variantes, unas cinco veces.²⁰ Nuevamente, abrir la posibilidad de un Borges que se encuentra en la búsqueda de Dios (la parábola finaliza con el autor haciendo la señal de la cruz) no impide a Castellani considerar sus argumentos contra la existencia del infierno como “muy hermosos” (122) ni afirmar que “Hay más filosofía en esa nota [“La duración del infierno”] que en todos los libros del Padre Quiles” (123).²¹

Sin olvidar lo que esta parábola tiene de satírica, encontramos una valoración similar a la propuesta en “Inquisiciones y sombras teológicas”: Borges es un buen escritor y sus argumentos sobre la doctrina cristiana merecen una respuesta que esté a su altura. Tal vez la parábola cimarrona busca ser un intento en ese sentido: no una condena doctrinaria sino una confrontación con Borges en sus propio terreno: la ficción.²²

¹⁹“Los católicos (léase los católicos argentinos) creen en un mundo ultraterreno, pero he notado que no se interesan en él. Conmigo ocurre lo contrario; me interesa y no creo” (Borges 2002: 281). Ver también al respecto, la acusación de Mallagaray arriba citada, que viene motivada por la afirmación de Borges, en una entrevista, de que no existía vida después de la muerte.

²⁰ “¿Hay infierno?” (121) “¿HAY O NO HAY INFIERNO? (sic, 122) “Pero yo quiero saber si hay o no hay infierno...” (123) “¿hay infierno o no hay infierno? (128).

²¹ Sacerdote jesuita contemporáneo, que había alcanzado cierta popularidad como filósofo. Fue decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Salvador.

²² Sin embargo, debemos señalar que, a nuestro juicio, en la controversia teológica más explícita del texto, el “Borges” de Castellani resulta más interesante que su Epulón. “Borges” señala que si, tal como se cuenta en el texto bíblico, Epulón ya condenado pidió a Abraham que advirtiera a sus hermanos, eso significa que es posible

A modo de conclusión: *oportet haeresses esse...*

En “Inquisiciones y sombras teológicas” Castellani afirma “Conviene que existan brujerías” (143). Tal afirmación no puede (en un teólogo y biblista) no remitir a la famosa sentencia paulina de 1 Co 11, 19 (“Conviene que existan herejías para que se pongan de manifiesto los que tienen verdadera virtud”). Tal vez esta fórmula, cuya versión latina *Oportet haeresses esse* sirvió para bautizar una editorial creada por Borges y Bioy,²³ sea una buena síntesis del modo de leer de Castellani. La literatura de Borges plantea desafíos que la teología católica no puede simplemente desdeñar ni incorporar: debe buscar, de ser posible, una respuesta a ellas. Esta parece la línea que han seguido intelectuales católicos como Barcellos quien llega a señalar que la obra de Borges puede funcionar como “epistemología de la teología” (2007: 4) y Navarro (2009) quien en una ampliación del proyecto castellaniano imagina a un Borges que a lo largo de más de 300 páginas lee, comenta, asiente y critica la vasta obra de uno de los más importantes teólogos católicos del siglo XX.

Bibliografía

- AA.VV. (1933). “Discusión sobre Jorge Luis Borges”. *Megáfono* 11. 13-33.
- Bajtín, Mijail (2002). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Barcellos, José Carlos (2007). “A terceira margem da ficção: literatura e teologia em Jorge Luis Borges”. *Actas del I Coloquio Latinoamericano de Literatura y Teología*. Buenos Aires, ALALITE.
- Borges, Jorge Luis (2002). *Obra Completa I*, Buenos Aires, Emecé.
- Caldeiro, Manuel (1976). “Yo acuso a Borges...”. *Gente*, XII, No. 597. 74-75.
- (1977) “Borges se defiende” *Gente*, XII, No. 598. 74-75.
- Castellani, Leonardo (1959). *Doce parábolas cimarronas*. Buenos Aires, Itinerarium.
- (1999). “Inquisiciones y sombras teológicas”. Martín Lafforgue (comp.) *Antiborges*. Buenos Aires, Vergara. 141-147.
- Devoto, Fernando (2006). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Genette, Gérard (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid, Taurus.
- Lefère, Robin (1998). *Borges y los poderes de la literatura*. Bern, Peter Lang.
- Link, Daniel (2006). *Leyenda. Literatura argentina: cuatro cortes*. Buenos Aires, Entropía.
- Louis, Annick (2006). *Borges FACE au fascisme, 1*. París, Aux lieux d’être.
- Martínez Cuitiño, Luis et al. (1998). *La vanguardia católica argentina y el grupo de Convivio*, mimeo.
- Muñoz, Verónica (2003). “Las ruinas circulares: una lectura del espejo”. Cecilia Avenatti y Hugo Zafa (eds.) *Letra y Espíritu, Diálogo entre literatura y teología*. Buenos Aires, UCA. 148-164.
- Navarro, Ignacio (1997). “El más extraño de los hombres”. *Criterio* 2209. 712-716.
- (1998) “Borges y el más extraño de los hombres”. *Criterio* 2212. 61-63.

amar en el infierno. La objeción es interesante y muy borgeana. La respuesta de Epulón, de que en realidad lo que quería era que sus hermanos desobedecieran la advertencia y se condenaran aún más gravemente que él no parece estar a la altura de semejante cuestionamiento (aunque el “Borges” de la parábola apruebe la respuesta).

²³ “Oportet y Haeresses” fue el nombre de la editorial que publicó en 1946 *Dos fantasías memorables* y *Un modelo para la muerte* (ambas de Borges y Bioy Casares, con los seudónimos de Bustos Domecq la primera y B. Suárez Lynch la segunda).

------(2001) "Vigencia de Adán". *Pensamiento, poesía y celebración. Homenaje a Héctor Délfor Mandrioni*. Buenos Aires, Biblos. 53-72.

------(2003). "La escritura del Dios: una estética del verbo". Cecilia Avenatti y Hugo Zafa (eds.). *Letra y Espíritu, Diálogo entre literatura y teología*. Buenos Aires, UCA. 165-200.

------(2009). *Últimas Inquisiciones. Borges y Von Baltashar recíprocos*. Buenos Aires, Ágape / Bonum.

Planells, Antonio (1989). "Cristo en la cruz o la última tentación de Borges". *Anales de literatura hispanoamericana*, 18. 135-152.

Rapalo, María Ester y María Teresa Gramuglio (2002). "Pedagogías para la nación católica. Criterio y Hugo Wast". María Teresa Gramuglio (dir.), *Historia Crítica de la literatura argentina. El imperio realista*, Buenos Aires, Emecé. 447-475.

Romero, Oswaldo E. (1977). "Dios en la Obra de J. L. Borges: su Teología y su Teodicea". *Revista Iberoamericana*, XLIII / 100-101. 465-502.

Zagal Arreguin, Héctor (1999). "El cristianismo de Borges". Héctor Zagal Arreguin (comp.), *Ocho Ensayos sobre Borges*, México. Publicaciones Cruz.